

# Aprendamos a salvar nuestra arquitectura vernácula

Luis Ortiz Macedo

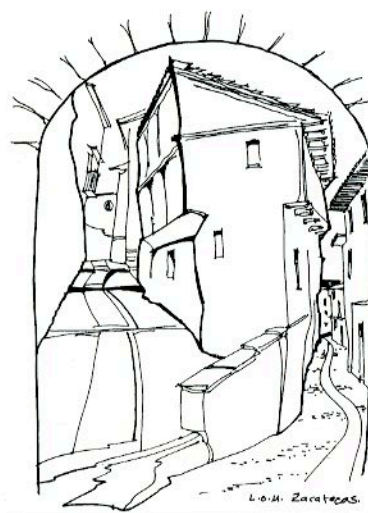
Doctor en Arquitectura, profesor e investigador de la Facultad de Arquitectura, UNAM.

Fotografías: Mariana Yampolsky

©Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A. C.

Casa de Maguey.





La sociedad y la pluralidad de los miembros que la componen ha deseado en todos los tiempos poseer su propio espacio habitable y manifestar por su medio el alcance de sus aptitudes y la selección de su gusto; motivada por este impulso, seleccionaba con cuidado al constructor que pudiera dar respuesta a sus necesidades –tanto de comodidad como de presencia– hasta obtener el espacio soñado como escenario de vida íntima y de sus apariencias sociales.

La vida contemporánea nos va alejando de tantas aspiraciones, sepultándonos lentamente en recipientes en comandita que proscriben la individualidad en espacios de fachada repetitiva y monótona, por hermosa que sea. Pero esto sucede sólo en las grandes ciudades, en las que el hombre se va sumiendo en el anonimato.

La excelencia de las manifestaciones artísticas en la vivienda no depende de la riqueza de los materiales o de la dimensión de los espacios, porque no hay hombre pequeño. El humilde barro, la paja, la madera apenas desbastada o el adobe, pueden ser elementos suficientes para competir en expresividad y belleza con el concreto, el mármol o las maderas preciosas.

Por regla general, la arquitectura vernácula revela con mayor claridad las características del grupo humano que las grandes residencias, las cuales tienden a manifestarse en lenguajes ajenos a su realidad, utilizando modas impuestas por los arquitectos internacionales; a su vez, estas prestigiosas construcciones han servido como vehículos de difusión en su medio, y de sus soluciones, un tanto extrañas en un principio. En suma, la arquitectura popular suele adquirir ciertos elementos de aquéllas, lo que permite a sus moradores expresarse en términos de modernidad y avance.

En la mayor parte de los casos conocemos las construcciones que integran el género de la habitación exclusivamente por sus fachadas, dada la dificultad de acceder a sus espacios rigurosamente preservados; pero aquellos que en función de esta limitante han ido afinando sus capacidades perceptivas, irán captando los múltiples mensajes que cada unidad es capaz de transmitir. ¿En cuántas ocasiones hemos solicitado a la familia indígena que nos permita penetrar al apretado espacio de su jacal para así adentrarnos en las apariencias de su vida cotidiana y deducir –a partir de ellas– la realidad de sus hábitos de comportamiento?

El pretender que, una vez consumada la conquista, la habitación que comenzó a surgir para satisfacer las necesidades de una nueva sociedad debió corresponder estrictamente a los patrones que se venían desarrollando en España, resultaría excesivo por múltiples circunstancias.

La primera de ellas deriva del hecho de que los asentamientos diseñados por los conquistadores previeron desde un principio el ordenamiento parcelario y las agrupaciones de edificios con un criterio eminentemente segregacionista; es decir, el realizado por ellos fue un urbanismo diseñado para alojar a los españoles y sus herederos, confinando a los poblados indígenas en los barrios perimetrales para que siguieran sus vidas de acuerdo con sus costumbres y tradiciones, conservando incluso su organización en *calpullis*, dejando en sus manos la administración de la justicia, de acuerdo con sus patrones ancestrales, desde los "Tecpan" que venían a ser cortes de apelación originales.

Ningún documento del siglo *xvi* nos demuestra que la administración virreinal hubiera dispuesto normas o preceptos tendientes a modificar las residencias de indígenas, mestizos, negros o mulatos; lo que sí trajo consecuencias fue, sin lugar a dudas, la rápida asimilación de los diversos estratos de la sociedad, manifiesta en el hecho de que el área urbana reservada a las familias de españoles fue compartida progresivamente con los indígenas y los mestizos. Los límites o demarcaciones que fijaban dónde terminaba la ciudad española y empezaban los barrios indígenas resulta un tanto imprecisa, incluso en los censos de población y los registros de los cabildos. El aspecto público de los asentamientos basados en la tradición hispánica está formado por la red de plazas y calles, complementado con *plazoletas* y atrios de parcelamientos. Es un espacio continuo que se prolonga en los caminos o carreteras que llegan y salen del asentamiento. Es un espacio arquitectónicamente definido por las superficies de las fachadas y tapias, sólidamente enlazadas en una continuidad urbana que contrasta con la indefinición de los terrenos rurales que rodean el pueblo.

Los pórticos, ventanas y balcones se extendieron en las ciudades y hasta los pueblos más pequeños a lo largo de las calles. Las iglesias, con sus capillas abiertas y sus enormes atrios, jamás vistos en España, dieron cabida a las multitudes recién convertidas. Los estilos importados de España, con fuerte presencia árabe, fueron sutilmente

El Carmen Tequexquitla, Tlaxcala.



transformados por los artesanos nativos. Surgió así una nueva arquitectura.

Los materiales en el altiplano mexicano eran y son los que el hombre tiene a su alcance: en lugares rocosos, la piedra; donde abundan los árboles, la madera; donde no hay ni madera ni piedra, ha modelado con sus manos la tierra para levantar muros de adobe o de tabique. En el desierto, que sólo permite el desarrollo de cactus, las paredes de la casa crecen al paso de las estaciones: muros de órganos que convierten el hogar en una planta más, verde como la cactácea que también cerca su patio; sólo las pencas de maguey del techo están secas; lo demás permanece vivo. Estando tan cerca de la naturaleza parece que las construcciones han salido del paisaje mismo, se funde en él; y los vientos, el sol y la lluvia le dan una pátina como si hubiera estado siempre ahí. La tradición y la experiencia del constructor determinan las técnicas; el clima, los materiales y el uso dictan la forma; en estos edificios no tiene que ver la moda, tienen lo esencial de la vida.

Aunque la familia crezca y haya posibilidades económicas, la casa conserva su tamaño original. Raras veces se le agrega

otro espacio. En él se come, se duerme, se reza y se guarda el grano. Los muebles son pocos y muy sencillos. Las casas se abren hacia el campo o hacia un patio interior. Es ahí, afuera, donde se trabaja, se platica con los demás y se festeja.

La casa simboliza la identidad de la familia. Debajo del fogón, centro del hogar, en ciertas comunidades suelen enterrarse las placentas de los hijos, y al morir el jefe de la casa, hay parientes que piden permiso a la viga principal para retirar al difunto. La casa ha sido testigo de los momentos más íntimos. Las necesidades básicas de cobijo, almacenaje, intimidad e intercambio comunitario han sido resueltas con gran vitalidad. Las formas y las técnicas, repetidas una y otra vez, se depuran y eliminan lo superfluo. El campesino demuestra su talento en el uso del color, su destreza para ensamblar y modelar materiales difíciles con medios limitados, y su respeto por los elementos naturales. Construye con sus propias manos e innova cuando es necesario.

En síntesis, la casa es equilibrio del sistema nervioso cuando llena las principales necesidades vitales; pero hay



Casa de adobe con tapanco, con ventilación. Ayapango, Edo. de México.



que hacer que el humanismo marque su presencia redentora; primero el hombre, después el negocio.

Se considera que el estudio de la arquitectura vernácula es impostergable en un mundo donde lo regional y lo étnico cobran una gran importancia, cuyo reconocimiento debe ir aparejado a los avances que se están logrando en materia de derechos culturales de los pueblos autóctonos, en los cuales la vivienda, y el hábitat en general, forman parte inherente de su cultura.

La preservación de este patrimonio se inscribe también en la lucha por la admisión cabal de la pluralidad étnica y cultural de cada uno de nuestros países. Hasta ahora, la defensa del patrimonio construido pretende combatir el deterioro y la destrucción o pérdida de la arquitectura monumental. Aquella arquitectura menor se olvidó, y su protección no debe limitarse tan sólo a reglamentos; también es menester dar la batalla contra la imposición de modelos y patrones de vivienda "social" dictados desde las urbes.

Se considera oportuno que en todos los países latinoamericanos, cuyos problemas más graves se presentan en la aguda crisis del campo y la acentuada degradación urbana, existan tentativas de recuperación de aquellos valores que caracterizan a las sociedades tradicionales. No es sorprendente que en la Inglaterra de medios del siglo XIX, en la época del acero y de la expansión industrial, las figuras de Ruskin y Morris resulten protagónicas en la defensa de la dignidad del hombre amenazado por la máquina. El movi-

miento de *Arts and Crafts* fue un impulso que intentó no sólo recuperar el arte popular, sino que constituyó toda una metodología operativa comunitaria. Actualmente, este ejemplo tiene un significado especial, si en él se encuadra el redescubrimiento lingüístico, étnico, musical o constructivo, y el estudio y valoración de los lenguajes y expresiones vernáculas de cada pueblo que conforma nuestra nación.

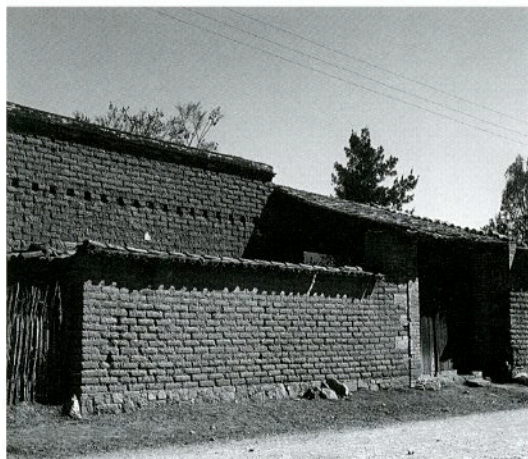
La actual atención a estos problemas y manifestaciones puede considerarse como la expresión de rechazo a los intentos culturalmente opresivos de la sociedad de consumo, que tienden a "aplanar" los valores regionales y a negar las diferencias.

A pesar de los afanes destructores y modernizantes, ese mundo continúa viviendo y sobreviviendo ante todo. Pero, al mismo tiempo, este mundo es también lejano en la medida en que las técnicas, materiales, formas y necesidades funcionales de las casas contemporáneas marcan una ruptura con la construcción tradicional. El hiato entre una torre de veinte o treinta niveles de cristal y hormigón, y una casa de hace ochenta años, vuelve más evidente la brecha que existe entre una edificación del siglo XVIII y otra del XX.

El hábitat tradicional o vernáculo se considera importante a causa de esta proximidad y de esta lejanía. Se cuenta con numerosos testimonios, y gracias a ellos aún se pueden conocer casi todas sus variantes y tipos existentes. Los rasgos persistentes y válidos que hoy lo caracterizan, confron-



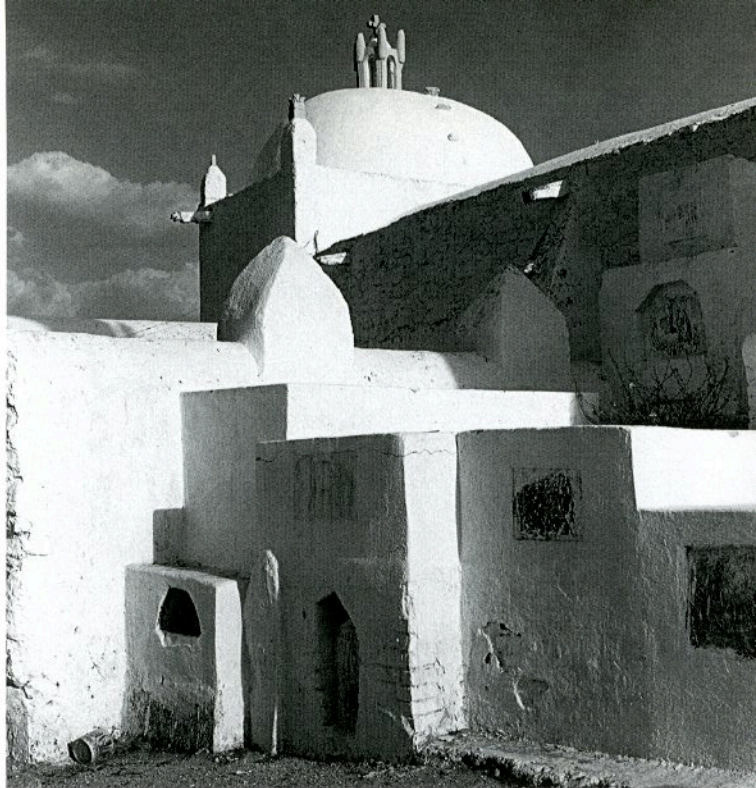
Plaza de toros a base de morillos y varas. Helchacan, Campeche.



Construcción con adobe. Sta. María del Tule, Oaxaca.



Vivienda de techo y muros de palma. El Mirador, Morelos.



tados con los fracasos de la actual construcción corriente, subrayan el valor y el interés por su conservación.

Entender la historia de la vivienda tradicional es algo tan complejo como aceptar la pluralidad cultural de nuestros pueblos; entender la historia del territorio humanizado equivale a aceptar la evidencia de la historia de las transformaciones y de los modelos de vida locales.

¿Puede hablarse de un mundo campesino? Sí, en efecto, pero no en el sentido de que la realidad campesina constituya un mundo aislado, en razón de su variedad extraordinaria y sus características propias. Esta realidad se ignoró durante largo tiempo, y la dominó la realidad urbana con sus instituciones e ideologías. En el mundo campesino, es necesario reconocer una intención y una dimensión histórica y cultural que no son inferiores con respecto al desarrollo de la arquitectura. Esto implica, entre otras cosas, cuestionar no sólo la teoría espontánea acerca de los fenómenos de la arquitectura popular o vernácula, sino poner en tela de juicio la teoría evolucionista, según la cual los desarrollos seculares de la arquitectura vernácula no serían más que pálidos reflejos de cuanto ya ha sucedido en los centros propulsores de la cultura, es decir, la ciudad.

Ambas posturas caen por su propio peso; no sólo porque la arquitectura se considera, antes que otra cosa, como el producto local de una estratificación revivida y reutilizada por la comunidad que vive en un determinado territorio; sino porque aun en el sentido negativo, en los

tiempos recientes, se puede ver un progresivo desmembramiento de los límites de las comunidades que condujo a una ruptura de la identidad local.

Los sociólogos pasan de los medios primitivos a los medios urbanos industrializados, saltándose, por así decirlo, esta realidad rural tan vasta. Hasta que estas realidades en sí mismas plantearon problemas, se comenzaron a preocupar por temas como la revolución, la reforma agraria y el éxodo rural, temas cotidianos que nos preocupan intensamente.

Ciertas complejidades indican que la agricultura arrastra atavismos y residuos del pasado lejano, y esto es cierto sobre todo en los países en vías de desarrollo. Este fenómeno puede observarse incluso en Europa. En los Pirineos, en el País Vasco, por ejemplo, el cultivo más arcaico con arado latino va de la mano en zonas donde se usa el último tractor. Las supervivencias de la comunidad agraria se encuentran junto a las cooperativas modernas o junto a la gran explotación mecanizada.

En el otro polo se encuentran los koljoses rusos, que tienen un alto grado de mecanización y técnicas avanzadas, pero que están organizados en agrocidades. Entre estos dos extremos existen muchos ejemplos intermedios de cooperativas de producción y otros tipos de explotación agraria. Para cada caso habría que considerar su relación entre el grupo humano, la estructura social y la productividad del trabajo agrícola, entre otros. El mundo rural actual ofrece al análisis la coexistencia de formaciones y

Calle principal. Aquitzio, Michoacán.





Tejamanil. San Juan Palo Seco.

épocas distintas, y la existencia de yuxtaposiciones paradójicas, es decir, lo más arcaico al lado de lo ultramoderno.

En el mundo rural, más que en el del artesanado, nada desapareció por completo. Ahora bien, lo que es interesante subrayar en estas complejidades es que existen entrecruzamientos y relaciones en ambas direcciones, y que actúan una sobre otra; de éstos derivan una multiplicidad de hechos que precisan los objetos relevantes de donde se puede esclarecer la problemática de cada realidad.

En Estados Unidos sorprende la ausencia de referencia a una historia rural. Ahí no existen obstáculos que impidan el crecimiento de las fuerzas productivas; el capitalismo puede desarrollarse en forma acelerada hasta el límite de sus contradicciones internas. La ocupación del campo se efectuó a partir de las ciudades y sus consecuencias se estudian poco. En México, como en todos los países latinoamericanos, y en muchos otros países del mundo que cuentan con una historia milenaria, la agricultura siempre precede al fenómeno industrial, y las ciudades se han desarrollado en un medio campesino muy denso.

Dicho lo anterior, se tiene que analizar lo que ocurre con la arquitectura rural, y si ésta es el resultado del acondicionamiento urbano. Si es la ciudad la que exporta sus modelos al territorio o bien lo contrario. En realidad, las tipologías arquitectónicas del hábitat tradicional son el fruto de un complejo dar y recibir entre la cultura urbana y la rural, cuyos confines, o sea los testimonios de paternidad de las singulares invenciones estilísticas y arquitectónicas, resultan a menudo bastante difíciles de trazar.

Restituida a su ámbito natural de cultura, la arquitectura vernácula no puede sustraerse a los fenómenos propios de la formación de cada fenómeno cultural, porque, en primer lugar, no sólo es una respuesta a las condiciones del medio físico, sino el medio a través del cual una sociedad expresa sus propios objetivos, aspiraciones, medios y defensas.

También es indispensable señalar que la reciprocidad de este intercambio cultural entre la ciudad y el campo no se realiza en un mismo plano. Las más de las veces ocurre una relación asimétrica, desbalanceada, a favor de la cultura urbana. Las fracturas culturales producidas en la ciudad, tarde o temprano repercuten, aunque sea modificadas, en el mundo rural.

Por otro lado, este mundo no es una realidad estática y cerrada en sí misma, como se cree, se mueve lentamente,



Detalle de vivienda. La Salada, Nayarit.

al ritmo con la civilización urbana. Así, la forma arquitectónica responde a una serie de necesidades determinadas, y cuando estas funciones se modifican la forma se vuelve obsoleta. Entonces, las soluciones tipológicas varían el modelo original siguiendo la variación de las condiciones externas. Sin embargo, esta variación no se efectúa plena o inmediatamente, en ocasiones aparecen inercias que llamaríamos en este caso: tradición o herencia, que tienden a conservar la forma aunque el objetivo utilitario y primario haya dejado de existir, por lo cual la solución arquitectónica sólo conserva el recuerdo formal, lo cual es discutible.

Evidentemente, las funciones religiosas de la casa se esfumaron en la vida urbana, mientras que la noción de domicilio y lugar habitado se precisa y enriquece. Aún así, en los campos, las viejas raíces religiosas subsisten y aparecen bajo aspectos visibles en diferentes expresiones, como los muros de cactus de las viviendas mixtecas que delimitan simbólicamente el espacio protegido.

Espero que lo aquí dicho no quede en la gaveta de las buenas intenciones; hay que unir nuestras fuerzas para salvar las mil variedades nuestras de la arquitectura vernácula. ■